



Crónica Literaria

Por ALONE

El Pensamiento de Portales, por Hugo Castro Jiménez.—

Gran error cometerían los lectores de ese libro si abrieran sus páginas buscando teorías políticas, sistemas de Gobierno o doctrinas aplicables a cualquier país.

Todo eso le inspiraba a D. Diego un sincero desdén y jamás se creyó nacido para cultivar esa clase de frutos.

Fue la vida la que lo tomó del cuello y le obligó, contra su voluntad, a desempeñar más elevado oficio.

No era ni mucho menos, como se ha dicho, insulso y concienzudo tuvo como manejó el latín y el castellano, que muchos doctores de hoy se quisieran.

Pero carecía de la superstición teorizante, nunca creyó en la magia de las palabras vacías y sonoras.

Sencillamente, nació con el don del mando y la visión del futuro, y una voluntad que debería escribirse con mayúscula.

El prologuista, contralmirante Hugo Castro, dice con razón:

—Cuando ese hombre preclaro, que no sentía ningún afecto por la política, se decidió a intervenir en los asuntos públicos, Chile había caído, tras siete años de desgobierno, en tal estado de anarquía y caos económico que, guardando las distancias, configuraban una imagen muy similar a la vivida por nuestra sociedad antes del 11 de septiembre de 1973.

El genio político, único en el nuevo mundo, le cayó a Portales de las alturas como don gratuito, ni buscado ni deseado, por la fuerza de las circunstancias y porque sin él nuestro país se hundía. Es para creer en las estrellas. La mirada superficial que lo ve perteneciente a la clase aristocrática, lo juzga un rico manco amigo de la diversión, ignoran que su padre, sin ser opulento, cargaba sobre sus hombros una tribu de 24 personas que vestir, alojar, y sostener y que desde muy joven, casi desde niño, tuvo el futuro Ministro la máxima de que cada uno debe "levantar su propio peso", de que siempre la equivocada idea de que el suyo sólo podía levantarlo mediante las batallas del comercio en la que sólo cosecharía duelos y quebrantos.

Hasta que el destino, para suerte tuya y nuestra, encauzó.

Si a toda costa quisiéramos sacar del breve opúsculo esa solemne palabra llamada filosofía o sociología, la selección que Silva Castro compuso y que el contralmirante Castro ha prologado nos daría un resultado conciso y, sobre todo, práctico, figurado por lo demás en don Diego con una figura gráfica, muy simple: "Un garrote en una mano en la otra un pan".

Sólo seña preciso agregar que esas manos así armadas debían manejarlas el saber y la justicia e ignorar la debilidad.

Don Diego es un cerebro en cierta manera primitivo, que piensa las cosas directamente, lo menos ideólogo sofístico del mundo, como si supiera de antemano que todas esas cosas no valen nada.

Escribiéndole desde Lima a un amigo dilecte con soberano buen sentido y de puertas adentro:

"La democracia que tanto pregonan los llanos es un absurdo en países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera república".

Notemos de paso la desaparición del vocabulario político de la palabra "virtud", de mística raíz castellana, que tanto manosearon, hasta desacreditarla, los enciclopedistas. En don Diego se percibe la buena fe antigua, un poco ingenua, con que la empuja. Ella está clavada en el fondo de su pensamiento y constituye el eje de su sistema. La monarquía... "Salimos de una terrible para volver a otra; y qué ganamos?". Portales era de los pocos que en una u otra forma no soñaban con ella y la aderezan a su modo.

La República —agrega— es el sistema que hay que adoptar; pero ¿sabe usted cómo yo la entiendo?

Aquí vamos a encontrar la médula del sistema portaliano, médula no sólo de palabra ni siquiera de puro pensamiento, sino encarnada en hechos, compuesta de realidades. Las pocas líneas de esa carta limeta asumen la importancia de una carta magna por las verdades que expresan y la profecía que encierran... Conviene poner atención a su lectura y no olvidarla:

"Un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos".

Así pensaba el año 1822 del joven comerciante de 29 años que había ido a Lima en busca de negocios, cosa que no lo testó, sino "para levantar su propio peso", a fin de no gravar los hombros del vecino. Un ideal, se ve, democrático e igualitario.

Porque el gran pelucón era en la práctica un gran demócrata.

Pero volviendo a lo que se llama y debe llamarse "el pensamiento de Portales", siempre encontraremos en él donde no una teoría ni un sistema, sino una de esas verdades fuertes y ejas entales sin las cuales ninguna sociedad organizada subsiste: la buena fe, el cumplimiento de la palabra, el patriotismo llevado hasta el sacrificio personal; en fin las antiguas "virtudes" sin las cuales no hay nada sino caos y ruina.

Muy bien; de acuerdo, pero ¿cómo lograr ese precioso producto, de qué mineral se extrae y la veta dorada?

Hablar y prometer no cuesta; pero... Aquí está lo importante. Ese pensamiento escueto y rudo, austero y elemental, don Diego Portales lo cumplió, esa promesa la llevó a la práctica. Innumerables candidatos, demagogos, apóstoles y fabricantes de proyectos han deslumbrado a los pueblos, arrastrándolos a la guerra y al martirio por medio de la palabra. No sólo una vez sino numerosas veces al mismo pueblo. Pues bien, las costas paradisíacas del Mediterráneo (ahora no tanto, debido al progreso industrial...) están pobladas de cadenas de hoteles de lujo contruidos por esos apóstoles. La austeridad personal de D. Diego llegaba a la agresividad. Cuando los negocios iban bien, gustaba de divertirse con amigos y amigas, pero si las cosas marchaban mal, ningún sacrificio lo arredraba, y economizaba en el alojamiento, en la comida, hasta carecer de cigarrillos (que le ocurría siendo Ministro, porque tenía la manía de no aceptar sueldos, ni siquiera el pago de deudas legítimas del Fisco. Cada vez que en su correspondencia se toca esa fibra suena una cuerda casi religiosa, tal vez de un lejano antepasado religioso. Su padre, cargado de familia y nunca próspero, le hizo insinuar que le vendría muy bien un viaje a España donde le adendaban ciertos derechos de mayorazgo. La réplica de don Diego fue penosa, aún por la forma. Algo corría por allí de fanatismo castellano. Se sabe la energía de su lenguaje en que casi nunca se oyen las notas medias. No hay en las letras nacionales otro más vibrante. Posee como escritor el don de la imagen que no se oírda. Apremiado por los compromisos urgentes, le escribe a Gárriz, ese alterego tan singular que eligió, esclavo suyo: "A mí no me duelen prendas y si el cancelar todas mis obligaciones consistiese en verme de gaitán, empuñaría la azada como un cetro..."

¿El pensamiento de Portales?

¡Ahí está la azada al hombro.

Lo mismo dijo, pudo decir y, en todo caso hizo, Pérez Rosales: por eso Chile fue lo que fue.

Ha hecho bien la editora Gabriela Mistral en iniciar su colección "Ideario" con el Pensamiento de Portales; pero haría mejor aún si propagara su lectura con los muchos medios de que dispone, hasta incrustarlo en la mente y en el corazón de la ciudadanía.

Sobre todo ahora.

Crónica literaria [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile